

Una lectura cubana de La Rebelión de las Masas

JOSÉ PRATS SARIOL

Claro: no se lee para estar de acuerdo. Tampoco para polemizar. El lugar común ofrece la bondad del diálogo. Mi lectura de *La rebelión de las masas* de José Ortega y Gasset desea estar presidida, en buena salud, por el diálogo. El diálogo es el mejor homenaje al gran ensayista. Y Cuba lo necesita, lo exige más que nunca. Dialogar supone pluralismo, tolerancia, respeto y valoración de lo ajeno. En fin y desde el principio: supone reflexión crítica.

Desde la turbulenta y compleja situación que padecemos en mi país, aquel fajo de cuartillas adquiere nuevas recepciones. Se actualiza y contextualiza con otra peculiaridad. ¿Puede sorprender, extrañar, que a un cubano se le ocurra revivir aquel ensayo de 1926? El mismo Ortega enseña algo decisivo: "Sorprenderse, extrañarse, es comenzar a

«Desde la turbulenta y compleja situación que padecemos en mi país, aquel fajo de cuartillas adquiere nuevas recepciones. Se actualiza y contextualiza con otra peculiaridad. ¿Puede sorprender, extrañar, que a un cubano se le ocurra revivir aquel ensayo de 1926? El mismo Ortega enseña algo decisivo: "Sorprenderse, extrañarse, es comenzar a entender".»

entender". Y aconseja que el hombre perspicaz "se sorprende a sí mismo a dos dedos de ser tonto; por ello hace un esfuerzo para escapar a la inminente tontería, y en ese esfuerzo consiste la inteligencia". Como aspiro a un poco de perspicacia, como estuve en la tontería de no releer a Ortega, ofrezco seguidamente un desagravio y algunas reflexiones que quizá, en el más feliz de los estadios, logren sembrar dudas en otros, suscitar preguntas.

Espero que la lectura subsiguiente al menos consiga recalcar, entre asentimientos y disentimientos, una de las convenciones más íntimas de Ortega: "Civilización es, antes que nada, voluntad de convivencia". Y para ello surge un deslinde: enunciaré y comentaré las ideas que considero vigentes, algunas discutibles y otras



probablemente anacrónicas o equivocadas. Las cuartillas finales balancearán, moverán el texto por Cuba, por una opinión que adelanto llena de gratitudes pero sin sombra de unanimidad enfermiza; de diáfana admiración hacia un *Espectador* que enorgullece al idioma, pero sin el virus del fanatismo. ¿No afirmaba Ortega, en su primer artículo en *El Sol*, algo muy válido también para cada cubano: "Todo español está muy especialmente obligado a ser mañana más inteligente que hoy, a avergonzarse de sus prejuicios, de sus tópicos, de sus cegueras, de sus angustias mentales. Si no nos determinamos a dar mayor finura, mayor evidencia y concreción, mayor elegancia a nuestro pensamiento, todo será en vano"?

Plena vigencia, desafíos cotidianos, tiene su obsesión por el saber pensar. Muchas veces, como una muletilla, la desarrolla en *La rebelión de las masas*. Allí quiere que cada uno sea "un horizonte siempre abierto a toda posibilidad". Allí sabe que "Disociar ideas cuesta mucho más que asociarlas". Y reconoce "esa extraña dualidad de prepotencia e inseguridad que anida en el alma contemporánea".

Es verdad —ya lo apuntó Jorge Luis Borges— que a veces molesta en su estilo la indiscriminación hacia las metáforas lexicatizadas —como el "anida en el alma" que acabo de citar—, o su propensión a lo que el sarcástico escritor argentino le critica de silogismos y lógica, de no resignarse "a exornar sus razones con inconvincentes y superficiales metáforas". Pero aun allí reserva su capacidad de motivación.

«Tal vez la zona de Ortega menos frágil a las espirales del tiempo sea la permanente oscilación dialéctica entre circunstancia y decisión. No importa cuál sea el tema que desarrolla, su marca siempre se encontrará en los desasosiegos ante las encrucijadas. Decidir, ejercer su condición humana, es la exigencia de cada instante contra los fatalismos que consideran la historia como algo absolutamente determinado.»



Tal vez la zona de Ortega menos frágil a las espirales del tiempo sea la permanente oscilación dialéctica entre circunstancia y decisión. No importa cuál sea el tema que desarrolla, su marca siempre se encontrará en los desasosiegos ante las encrucijadas. Decidir, ejercer su condición humana, es la exigencia de cada instante contra los fatalismos que consideran la historia como algo absolutamente determinado. Para ello, por supuesto, es imprescindible averiguar. Una constante indagación, sin premisas inamovibles, es lo único que realmente puede garantizar que las decisiones sean lo más acertadas posibles. Ortega, en consecuencia, no puede adscribirse a ninguna

tendencia, no puede fanatizarse. Ello hipotecaría su más preciado bien: la capacidad de indagar socráticamente, en convivencia civilizada, para entonces optar.

La moraleja, dispersa y unida en su obra toda, tiene la brillantez de inaugurar un género hoy común, una novedosa forma del ensayo. Como sostiene Evelyne López Campillo: "Lo característico de todos estos ensayos es ser investigaciones conceptuales, a igual distancia del artículo erudito y del artículo de divulgación, y utilizar en sus demostraciones unos argumentos que pertenecen tanto al dominio de la sociología o de la filosofía, como al de la historia o de la psicología, sin renunciar por ello (bien al contrario, lo cual les hace más eficaces) en ciertos momentos precisos de su demostración, a utilizar medios propiamente literarios (creación de situaciones, paisajes, personajes, o sea elementos no conceptuales)".

Ortega le da vida en el idioma a una novedosa forma de hacer pensar, ya existente en otras lenguas como el inglés y el francés. Estilísticamente tenía que hallar un estilete, un cuchillo singular para que sus reflexiones lograsen conmover, alterar el ritmo. Es el autor madrileño quien aligera y profundiza la prosa no ficcional de habla castellana en este siglo, hasta que los grandes prosistas latinoamericanos la conduzcan a la maestría que exhibe hoy.

En tal empeño consigue casi siempre una voz inédita, una sorpresa expresiva que obviamente se traduce en sorpresas mentales. No es casual que en su *Revista de Occidente* esa excelente modalidad del ensayo se reserve la primacía, irradie hacia América Latina la mejor de las influencias. No por gusto al irrumpir en el espeso ambiente cultural de su época recibió enseguida los ataques de los prosistas aforísticos, de los críticos, de los aburridos de siempre.

El empeño de hacer pensar, en lógica consecuencia, es empeñarse y despeñarse contra las garras del totalitarismo, contra las formas de la represión que entonces u hoy, allá o aquí, aplastan el intelecto. Con exacta ironía recuerda que "la etimología de mandar significa cargar, ponerle a uno algo en las manos", para seguidamente comentar: "El que manda es, sin remisión, cargante". Por ello mismo se asusta ante los desmedidos poderes que el Estado adquiere o arrebató. Afirma: "El Estado ha sido siempre el gran truchimán".

La lectura cubana no puede soslayar la señal, el aviso premonitorio para España y para tantos países: "Lo que más he echado de menos, con respecto a España, ha sido algún gesto de gracia

generosa, que es, a mi juicio, lo más estimable que hay en el mundo". Son precisamente unas gotas de "gracia generosa" las que más necesita la Cuba actual contra la perpetuación fundamentalista y contra el anexionismo desnaturalizado, contra los virulentos sectarismos y oportunismos que impiden la reconciliación nacional.

No podía ser ajeno aquel pensador extraordinario a los daños del fanatismo: "Ya es irritante que el prójimo pretenda intervenir en nuestra vida, pero si además revela ignorar por completo nuestra vida, su audacia provoca en nosotros frenesí". Si ese respeto a lo diferente, a lo distinto, es visto como condición básica de la convivencia civilizada, también por extensión lo es la injerencia de unos países en otros, como sucede con los Estados Unidos respecto de Cuba. "Sostengo —dice— que la injerencia de la opinión pública de unos países en la vida de los otros es hoy un factor impertinente, venenoso y generador de pasiones bélicas". Bien supo adelantarse Ortega a la Guerra Civil Española, a la Segunda Guerra Mundial, a la Guerra Fría, a los conflictos interétnicos y nacionalistas de este fin de milenio.

Saber pensar, claro, conduce a las personas honestas, honradas, a no pocas vicisitudes. De nuevo es allí, en *La rebelión de las masas*, donde reconozco la noción de provisoriedad. Precario, provisorio, efímero, aislado, humillado, insiliado o exiliado... Vida y obra, como debe ser, se confunden cuándo la autenticidad preside éticamente la trayectoria de un intelectual. Y desde luego

«Consigue casi siempre una voz inédita, una sorpresa expresiva que obviamente se traduce en sorpresas mentales. No es casual que en su *Revista de Occidente* esa excelente modalidad del ensayo se reserve la primacía, irradie hacia América Latina la mejor de las influencias.»



que la asociación llega inmediatamente a los mejores nombres en la historia de Cuba, encabezados por José Martí, de cuya muerte en combate contra el colonialismo español conmemoramos este año el centenario. Fidelidad a sus ideas, la difícil autenticidad, prestigia el ideario de Ortega.

Entrelazados a su lucidez y a su amor a la duda como método de actuación, como "razón vital", se hallan otros aciertos perceptibles en la lectura, otro cuerpo de sugerencias que provoca asentimientos. Quizás a veces el lenguaje puede parecer demasiado expeditivo, con algo de exageraciones como recurso de la exposición, pero ese paseo por la cuerda del perspectivismo, sin caer del lado del pragmatismo o del existencialismo, exalta su independencia, formada no por valores inmutables, rígidos, atemporales, sino por el asedio de los problemas desde la mayor cantidad posible de puntos de vista.

Desde un perspectivismo que se reconoce mediatizado por las circunstancias, y por tanto sujeto a cambios, Ortega enseña su esperanza en una verdadera democratización de la vida. Y bien sabe cuánto daño puede producir —y los cubanos podemos poner dolorosos ejemplos— la exaltación del hombre-masa, de la masa amorfa, conductible a cualquier sitio, situación. Aún no he verificado en Zürich si Elias Canetti leyó a Ortega. Pienso que no debió ignorarlo, sobre todo el libro cuyo título homologaba su proyecto, al menos lo sugería. De lo que estoy seguro es de que mucho hubiese disfrutado —¿disfrutó?— *La rebelión de las masas*. Aunque

«La lectura cubana no puede soslayar la señal, el aviso premonitorio para España y para tantos países: "Lo que más he echado de menos, con respecto a España, ha sido algún gesto de gracia generosa, que es, a mi juicio, lo más estimable que hay en el mundo". Son precisamente unas gotas de "gracia generosa" las que más necesita la Cuba actual contra la perpetuación fundamentalista y contra el anexionismo desnaturalizado, contra los virulentos sectarismos y oportunismos que impiden la reconciliación nacional.»

no aparece en la bibliografía de *Masa y poder* —no se trata de una "enumeración exhaustiva"— tengo la certeza de que podía haber incluido, dentro del acápite de "Masas festivas", los hechos del pueblito de Níjar, cerca de Almería, donde en 1759 se proclamó rey a Carlos III; y que Ortega refiere hasta la destrucción de la villa por el desenfreno alegre de sus moradores, hasta la aniquilación de todos los bienes por la compulsión de la masa.

Superficiales o malintencionadas son las opiniones que atribuyen a Ortega un desprecio al pueblo. Tal parece que tales juicios sólo leyeron el título, entresacaron frases de contexto. Las críticas

suyas son precisamente contra los grupúsculos que convierten al pueblo en masa, que siempre consideran menor de edad al pueblo, que pervierten al individuo en muchedumbre moli-ble, esclavizable. Lo que le molesta a esas élites son las advertencias de Ortega: "Quien no sea como todo el mundo, quien no piense como todo el mundo, corre el riesgo de ser eliminado."

Y claro está que ese todo el mundo no es todo el mundo".

La crítica a la noción de masa es en Ortega un clamor lúcido contra los partidos políticos que aplastan a los protagonistas a favor del coro, que sólo quieren aplausos de asentir y admirar. Por ello Ortega defiende al hombre activo frente al hombre reactivo. Por ello vislumbra la caída de los voluntarismos totalitaristas: "Uno y otro —bolchevismo y fascismo— son dos

seudoalboradas; no traen la mañana de mañana, sino la de un arcaico día, ya usado una o muchas veces; son primitivismo". Y por ello, conocedor de la especie humana y de su tendencia al menor esfuerzo, arremete contra la agrupación de seres que prefieren vivir "bajo la autoridad absoluta a un régimen de discusión".

Perfecta vigencia en un mundo que exige la minimización del Estado, su progresiva conversión en órgano administrativo, tiene el comentario contra las manías ortopédicas en política: "Ser de la izquierda es, como ser de la derecha, una de las infinitas maneras que el hombre puede elegir para ser un imbécil; ambas, en efecto, son formas de la hemiplejia moral". Por muy dura que resulte la transformación del lenguaje, hay que admitir que las hemiplejias de izquierda y derecha pertenecen a la prehistoria jacobina. Bien pobres serían los proyectos para un país en crisis real como Cuba, si se basaran en nomenclaturas obsoletas, cuando no demagógicas. La eficiencia del aparato estatal —de los poderes ejecutivo, legislativo y judicial— no puede sustentarse más sobre cielos ideológicos y centralismos políticos. Ser eficaz, solucionar los problemas concretos de un país, necesita fortaleza ética contra las variadas y sutiles, cuando no brutales, formas de represión; y contra los campos de cultivo de la corrupción; a la vez que eliminar la fatídica manía de echarle la culpa a los demás —a los enemigos del otro brazo— de cada problema.

Explícita en el discurso de Ortega está la idea de que pésele a quien le pese la historia no se construye. Ni paralíticos ni epilépticos —

neohe-gelianos—, aconseja el autor de *España invertebrada*. Las más válidas ideas sobre el ambiguo y polémico estadio postmoderno reconocen que el afán tecnológico de futuro sólo ha conseguido aumentar la ansiedad, la rápida angustia hacia ninguna parte. Por eso Ortega se lamentaba hace casi setenta años: "Con más medios, más saber, más técnicas que nunca, resulta que el mundo actual va como el más desdichado que haya habido: puramente a la deriva".

Hombre que nunca confió demasiado en el poder de la palabra, que sabía cuánto de operación ilusoria hay en ella, supo defenderse contra la petulancia y el desánimo, cuidarse de las profecías y de los nihilismos, y a fin de viaje conocerse, simultáneamente, entre el ir y el llegar, en cambio constante. Eso es lo mismo que pide a las naciones, que sepan hacerse, deshacerse y rehacerse sin postulados innatos, mucho menos anquilosados. El mismo sentido de autoperfección lo lleva a repudiar los modos del envilecimiento individual y social. "Aguantar es envilecerse" —afirma. Y la lectura cubana recibe el amargo sabor de todo lo que he y hemos aguantado en la Isla, ilusionados o encanallados.

«Desde un perspectivismo que se reconoce mediatizado por las circunstancias, y por tanto sujeto a cambios, Ortega enseña su esperanza en una verdadera democratización de la vida. Y bien sabe cuánto daño puede producir —y los cubanos podemos poner dolorosos ejemplos— la exaltación del hombre-masa, de la masa amorfa, conductible a cualquier sitio, situación.»

De otra parte cuatro aspectos, por lo menos, resultan discutibles. Uno de carácter metodológico y tres conceptuales: afirmaciones paradójicamente categóricas, sueño de unión europea, opinión sobre las fronteras nacionales y mito del joven. Sorprende que un pensador que amaba el diálogo y la convivencia caiga en expresiones presididas por lo categórico. Sin pretender exigirle una coherencia absoluta, algo imposible para cualquiera, sí



debe anotar que algunos absolutismos parecen gazapos en su orbe de enseñar a pensar. Dos ejemplos avalan la crítica: cuando menosprecia el latín vulgar y cuando la fiebre eurocentrista lo lleva a burlarse de las naciones jóvenes: Es falso o por lo menos muy discutible que "Quien prefiera no exagar tiene que callarse; más aún: tiene que paralizar su intelecto y ver la manera de idiotizarse".

El sueño de unión europea, relacionado con la supuesta decadencia de Occidente, es tema que, sin embargo, hoy ofrece signos positivos, como el Mercado Común o el Parlamento Europeo. Su crítica a la "frontera natural", sin embargo, tiene en los actuales conflictos étnicos y religiosos —o en el asqueroso auge de la xenofobia— una vigencia que perdura por encima del derrumbe soviético, de la liberalización del Este. Asimismo, la exaltación de la juventud —que tanto le molestaba— parece menos grave en un planeta donde en la zona desarrollada la población cada vez es más vieja. No creo que hoy se prefiera el cuerpo al espíritu. Huele a gerontología que se establezca tal oposición. Parece más sano para cualquier sociedad que se favorezca el relevo generacional, que los viejos no se perpetúen en ningún poder, sin que tal principio de cambio permita, automáticamente, una fe ciega en los jóvenes o descarte el imprescindible culto a la salud física y ecológica.

Si los tópicos anteriores no ofrecen certezas sino que posibilitan diálogos fértiles, hay otros, como anuncié al inicio, que resultan anacrónicos, cuando no penosamente equivocados. El peor de todos —desde la

que otros óptica latinoamericana— es su trasnochado eurocentrismo paternalista. Cuan desacertado resulta Ortega cuando se atreve a decir: "En los trópicos, el animal-hombre degenera, y viceversa, las razas inferiores —por ejemplo, los pigmeos— han sido empujadas hacia los trópicos por razas nacidas después que ellas y superiores en la escala de la evolución".

«Perfecta vigencia en un mundo que exige la minimización del Estado, su progresiva conversión en órgano administrativo, tiene el comentario contra las manías ortopédicas en política: "Ser de la izquierda es, como ser de la derecha, una de las infinitas maneras que el hombre puede elegir para ser un imbécil; ambas, en efecto, son formas de la hemiplejía moral".»



A veces da la impresión de que la persona que escribe esto no es la misma que admiramos en otras cuartillas. La proliferación de la casta europea nunca ha sido maravillosa. Otros adjetivos le son más propios: sangrienta, avasallante, depredadora... Las "republikitas" a que se refiere — hijas del mozaico ibérico— han dado sobrada muestra de autonomía e independencia, de rigor intelectual y genio artístico. Las ideas parecen florecer mejor en los pueblos nuevos, no lastrados por enmarañadas tradiciones ni sujetos a hipotecas que impiden maravillosas transculturaciones, mágicos sincretismos... Pero sí vuelve a la sensatez cuando se lamenta de "la frivolidad y la irresponsabilidad frecuentes en el intelectual europeo", cuando a lo mejor ya estaba poniendo en crisis sus afirmaciones precedentes.

Tampoco resulta defendible su opinión sobre el machismo, el triunfo bolchevique y las generaciones. No creo que ninguna mujer actual —u hombre sensato—, sin que sea una militante del feminismo, pueda aceptar sus tesis. Tampoco parece razonable que el triunfo de la Revolución de Octubre se debiera, en lo esencial, a la ausencia de

burgueses en Rusia. Y mucho menos atribuir mecánicamente un período de quince años a la vigencia de una generación, sobre la base de la determinista "teoría de las generaciones", que tanto daño ha causado entre los historiadores.

De acuerdo, a conversar y en contra... Así revivo *La rebelión de las masas*, recomendando su lectura. Así creo que le rindo el mejor homenaje al autor, que asumo —*mutatis mutandi*— la actitud que Ortega centrara en Posidonio, el maestro de Cicerón propenso a mantener la mente porosa, activa. En ese diálogo, desde mis inevitables puntos de vista, está la mejor crítica contra los que fabrican el hombre-masa, esa anomalía. Así le rindo honor a su idea de la discrepancia constructiva, a las palabras que nos enseñan que "dialogar es sentirse dos y palpar con nuestro perfil el perfil diferente del alma ajena", porque lo que debemos hacer es "conversar alegremente, cultivando un sabroso desacuerdo".

Lo mismo que Albert Camus en *El hombre rebelde* supo adelantarse a los sucesos de nuestra década, y conservar en cada instante las verdaderas esencias del existir sin proposiciones voluntaristas, sin utopías diabólicas; Ortega supo en *La rebelión de las masas* avizorar los temas esenciales de nuestro tiempo. Entre acuerdos y desacuerdos mi lectura desea resaltar lo que Guantero —editorialista del diario *ABC* en los años veinte— caracterizara al llamarlo "sofista", es decir, "en el más estricto, primitivo y noble sentido de la palabra: domador de ideas".

Sólo un verdadero domador de ideas, severo ante sus propios juicios, pudo afirmar en 1926: "La fe en la cultura moderna era triste: era

saber que mañana iba a ser en todo lo esencial igual a hoy, que el progreso consistía sólo en avanzar por todos los siempre sobre un camino idéntico al que ya estaba bajo nuestros pies. Un camino así es más bien una prisión que, elástica, se alarga sin libertarnos". Tal crítica al progreso identificado con el futuro que se "construye", a los triunfalistas que esconden su paranoia detrás de ideologías mesiánicas, hace pensar —en la lectura cubana— en las controversias actuales que aquí se han producido entre el predominio o no de la racionalidad moral emancipatoria sobre la racionalidad moral distributiva; cuando en realidad lo que debiera analizarse sin bovarismos, para desgracia de nuestro país, es si ha prevalecido la racionalidad amoral totalitaria...

Bien le viene a dos ensayistas cubanos de probada honestidad —Cintio Vitier y Rafael Rojas— recordar en su polémica unas palabras de Ortega: "La idea es un jaque a la verdad". El verdadero jaque cubano es a la idea de que estamos en el mejor de los mundos posibles gracias a la Revolución.

"Este es el mayor peligro que hoy amenaza a la civilización: la estatificación de la vida, el intervencionismo del Estado, la absorción de toda espontaneidad social por el Estado" —dice Ortega. Y claro que la conciencia de este peligro, el haberlo vivido no como amenaza sino como realidad cotidiana, empobrecedora, hace brotar en Cuba infinidad de preguntas a responder sentados, a conversar recordando lo que Talleyrand le susurrara a Napoleón de que sobre las bayonetas se puede hacer cualquier cosa, menos sentarse sobre ellas.

«Eso es lo mismo que pide a las naciones, que sepan hacerse, deshacerse y rehacerse sin postulados innatos, mucho menos anquilosados. El mismo sentido de autoperfección lo lleva a repudiar los modos del envilecimiento individual y social. "Aguantar es envilecerse" —afirma.»



A riesgo de digresión me atrevo a hilvanar siete pre-espíritu antifanático que hombres como Ortega nos legaran: ¿Cómo un tonto —o un picaro— puede pensar que el fin del embargo norteamericano traerá la gallina de los huevos de oro a Cuba? ¿Cómo negar que la crápula internacional de negociantes, y algunos gobiernos y partidos demagogos, prefieren sostener el actual "estado de cosas"? ¿Cómo deshacer la trágica paradoja de ser hoy tan dependientes de los Estados Unidos, en razón de que uno de cada diez cubanos vive allá, de la avidez del dólar, de que seguimos estando al lado Sur, al lado pobre? ¿Cómo desconocer que tras las razones económicas, de causas políticas, pasamos de isla de inmigrantes a muelle de emigración, de sueño indiano a pesadilla aldeana? ¿Cómo identificar el patriotismo con el programa de un partido, la nación y su cultura con un gobierno? ¿Cómo asegurar que las recientes reformas económicas no sumarán a las "bondades" del comunismo a la soviética las "gracias" del capitalismo periférico? ¿Cómo favorecer la reconciliación entre insiliados y exiliados sobre bases étnicas esperanzadoras? Preguntas a la Efigie... Que Ortega defendería nada más que por el derecho a la palabra; que José Martí

«El sueño de unión europea, relacionado con la supuesta decadencia de Occidente, es tema que, sin embargo, hoy ofrece signos positivos, como el Mercado Común o el Parlamento Europeo. Su crítica a la "frontera natural", sin embargo, tiene en los actuales conflictos étnicos y religiosos —o en el asqueroso auge de la xenofobia— una vigencia que perdura por encima del derrumbe soviético, de la liberalización del Este.»



la ilusión de hablar. Y repito las palabras de mi maestro José Lezama Lima en el número 40 de la revista *Orígenes*, cuando se entera del fallecimiento: "A su espíritu de fineza, a la noble voracidad de su fervor humanístico, a la rectitud de su señorío, a la sobriedad de su muerte, el homenaje, un angustioso detenernos en la marcha de los que trabajamos en *Orígenes*". Desde esos méritos cierro mis apuntes con la certeza personal de que "Estas son las únicas ideas verdaderas: las ideas de los náufragos. Lo demás es retórica, postura, íntima farsa. El que no se siente de verdad perdido se pierde inexorablemente; es decir, no se encuentra jamás, no topa nunca con la propia realidad".

guntas cabalísticas, desde el

apoyaría, nada más que por su certidumbre de que "Se probó el odio, y los países venían cada año a menos".

Sí, releer a Ortega y Gasset despierta mil y una formas del pensar sin monólogos, del discernir sin haraganerías, de la búsqueda infatigable, libre de doctrinas cerradas y de partidos anacrónicos. Por ello mi lectura desde La Habana de *La rebelión de las masas* vuelve a exaltar la razón vital y el perspectivismo, el saber pensar y el hombre que se resiste a que lo conviertan en masa, la voluntad de convivencia y